

escepticismos y nihilismos de creadores y criaturas «noventayochistas» anuncia la llegada de las actuaciones, de las realidades acuciantes: «... Pasó ya la hora de las quejas y de la crítica. Toda nuestra última labor es crítica. Llegó la hora de la acción.» Y la necesidad de esa lucha en su pueblo y por él podrá más que el amor, hondo, intenso, por Dilia, su cuñada, que también le ama, pero que ha comprendido igualmente que en situaciones críticas los sentimientos individuales han de sacrificarse ante los intereses colectivos.

Por lo mucho que nos traen estas cinco obras dramáticas de Jacinto Grau, muy bien venida sea esta edición, que debería ser un anticipo de unas próximas *Obras dramáticas completas*.—EMILIO MIRO (*Avda. de Portugal, 131. MADRID*).

HABLABLAR POR HABLAR

«Considera a esta persona que habla con tanta malicia sobre la conducta del prójimo: quizá ignoras lo que da a su lengua tanta actividad y quién le inspira esas chanzas picarescas y vivas; lee en su corazón y descubrirás ultrajada la honra, herido el orgullo, indignos celos y miserables deseos de venganza.» «Sí, Dositea, la calumnia tiene su origen en la perversidad de las pasiones. Ya ves cuán odiosa es en sus principios: medítalos un instante.» «Considera ahora cuán horrendas son sus consecuencias. San Bernardo, hablando de la calumnia, la compara a una víbora, que, con un flechazo de su lengua, mata tres personas.»

«E irritado contra él, lo entregó a los verdugos, que lo atormentaron hasta que pagó el último maravedí.»

Meditaciones para señoritas, por el abate M***. Librería Religiosa. Calle Aviñó, 20. Barcelona, 1914.

Uno de los más apesadumbrados volúmenes del psiquiatra inglés Ronald D. Laing comienza con estas palabras: «En la actualidad hay pocos libros dignos de perdón.» Para mencionar a algún texto famoso pero infame, esa frase del doctor Laing es certera, o cuando menos conveniente, aunque acaso resulte desmedida para aludir al libro que monsieur Jean de Milleret ha perpetrado (como gusta de redactar Jorge Luis Borges) bajo el título *Entrevistas con Jorge Luis Borges* (1), ya que este texto no alcanza a ser ni famoso ni infame; se contenta con ser trivial; no carece, sin embargo, de un fanático

(1) Monte Avila Editores. Caracas, 1971.

culto al sinsentido, ni le falta indocumentación; en cambio, abunda en disparates puntualmente irrisorios; aunque no omita cierta inaplicable egolatría; ahora bien, es un libro mortalmente aburrido. El asombro, no la curiosidad, invitan a preguntar por qué.

Los orígenes de la mediocridad son tan inextricables como los del genio. Encontrar las raíces del *Fausto* es imposible; también las de ese penoso reportaje a Borges —aunque las causas no son homogéneas. Por qué un libro puede reproducir el rostro del mundo, es un suceso misterioso; por qué la repentina banalidad de otro puede exceder a la más afanosa imaginación, es también un hecho enigmático. La extrema inteligencia no es mensurable; la extrema nulidad, tampoco. Sabíamos ya que un hombre puede ser (Esquilo, Dante, Shakespeare) ilimitada e incesantemente genial; ahora sabemos que un hombre puede ser ilimitada e incesantemente superfluo. Ante algunas páginas compuestas por los hombres de genio podría decirse que existe una épica de la sabiduría; ante algunos juicios de monsieur de Milleret sospechamos una épica de la vacuidad. Otros abarcan el conocimiento, solitarios; monsieur es una multitud de nada. En algunos hombres, el saber se confunde con la modestia; en otros, la ignorancia y la soberbia son por igual tempestuosas.

«Ante todo [anota uno de los comentaristas (2) de este libro tan feramente inútil], estas entrevistas tendrían que haberse llamado, para ser más exactos, *Entrevistas con Jean de Milleret*, porque a lo largo de 186 páginas, incluidas las notas, el preocupado constantemente por ocupar el primer plano de la escena es el autor de las entrevistas y no el entrevistado.» ¿Cómo este prestidigitador francés habrá conseguido que un hombre de genio desaparezca, o emerja eventualmente para proferir juicios como trabajados por jíbaros, y vuelva luego a hundirse en las profundidades de esa plática tenebrosamente banal? ¿Tiene tanta fuerza el contagio? En el número 45 de *El escarabajo de oro* (Buenos Aires) informa Isidoro Blaistein que «El Pen Club de Inglaterra prohíbe terminantemente incluir chinos y anticuarios en las novelas policiales. Porque un chino, o un anticuario, ya crea por sí mismo un clima.» Ese rigor es elogiado. Pero atribuirlo a nuestro reportero no probaría la excelencia o el atrevimiento de la imaginación, sino el fanatismo de la misericordia. Como un chino o un anticuario, Borges por sí solo anima y dilata un volumen. Monsieur de Milleret no ha deglutido a Borges para enfrentarse a solas con un libro, ganarse la estimación de los Pen Clubs del reportaje y medirse con su lector. Lo ha deglutido por otras razones; una, su afán (ignoro

(2) GABRIEL RODRÍGUEZ: En *Revista Nacional de Cultura* núm. 203, p. 152. Caracas, 1972.

a qué este afán) de mostrarse; otra, su escasa capacidad para estimular al genio que hay en Borges. Nos asombra que en ocasiones un escritor de raza pueda componer un gran libro con un tema trivial; Jean de Milleret prueba que es también asombroso cuán minuciosamente se puede reducir a libro trivial un tema gigantesco. Es preciso reconocer en nuestro calígrafo una genialidad puntual en el arte de omitir el talento. Me pregunto, despavorido, qué libro hubiera amontonado monsieur de Milleret si se hubiese visto forzado a escribir sobre un tema insignificante, como yo estoy haciendo. «Jean de Milleret, con todo el tiempo a su favor, con Borges a su disposición, pierde una invaluable oportunidad de dar un testimonio válido y profundo de uno de los mayores escritores en lengua española de todos los tiempos», dice Gabriel Rodríguez en el texto citado.

Pero tal vez sea injusto atribuir a nuestro reportero la intención de diluir la grandeza de Borges: acaso tal suceso no viene de su afán, sino de su destino. En sus *Metamorfosis* refiere Ovidio cómo el ventrudo y sabio Sileno regaló al rey de Frigia la dudosa virtud de convertir en oro cuanto cosa tocara —incluso, como supo después el rey, su propia comida y su propia bebida—; esto último hizo que Midas fuese muy desgraciado, hasta que por indicación de Dioniso lavó sus manos en la fuente del Pactolo y quedó así curado de su horrible suerte bursátil. Midas inverso, monsieur de Milleret reduce a escoria o a alguna otra materia inanimada todo cuanto su pensamiento abarca con sus tentáculos de aminorado fósforo; puesto que esa acrobática virtud parece dejarle satisfecho (en tanto que el buen Midas sufría con su poder), es dudoso que quiera hallar a su Dioniso, lavar sus reportajes, liberarse de su estupefaciente propiedad —y liberarnos de ella. Otro párrafo de la mitología (la leyenda de Pan y Apolo) informa de que Apolo hubo de castigar a Midas, e hizo que le crecieran a ambos lados de la cabeza dos orejas de asno abundantes, resolutivas. Midas (ahora estoy aludiendo de nuevo al desdichado rey de Frigia) ocultó sus picudos merecimientos bajo una tiara y tan sólo a su peluquero confió su acústico y casi estereofónico secreto, prohibiéndole su revelación y aun su comentario, bajo pena de muerte. Los manuales de la mitología recuerdan cómo ese pobre peluquero, abrumado por la espesura del secreto y por el esfuerzo de abarcarlo, y enloquecido de risa y de terror, «no pudo contenerse más [conjetura Pierre Grimal en su *Diccionario de la Mitología*], y haciendo un agujero en el suelo confió a la Tierra que el rey Midas tenía unas orejas monstruosas».

Entiendo que el anterior párrafo reclama justificación. Bien sé que citar algún texto de nuestro mentado calígrafo pudiera hacer creer

que desconozco la piedad. Es un riesgo venial y no voy a evitarlo. Tras haber verificado que «los franceses fueron los primeros en descubrirlo» [a Borges], y ante el beneplácito del maestro (quien, por cierto, en estas entrevistas se comporta en ocasiones con una cortesía servil, en el supuesto de que no sea irónica), Milleret reflexiona modestamente: «Es el papel tradicional, histórico de París, ciudad luz, sitio donde alienta el espíritu, y constituye una de las misiones históricas de Francia. Recuerde a Du Bellay: *Francia, madre de las artes, de las armas y de las leyes*» —frase entre épica y lírica, pero sin duda intencionada, que pudiera haber motivado la extrañeza del ensayista Juan Carlos Curutchet: «Estas entrevistas —concede— no carecen de concesiones al hermetismo.» «Su sagacidad —agrega el crítico argentino— se pone nuevamente de manifiesto cuando, al dividir en etapas la vida de Borges, denomina 'la noche' al período correspondiente a su ceguera» (3). Curutchet no miente: en efecto, Milleret, para mencionar la ceguera de su entrevistado, súbitamente agita esa metáfora perpetua. Llamaremos licencia poética al hecho de que Milleret haya afirmado anteriormente que la metáfora ya ha muerto —lo que equivale, aproximadamente, a afirmar que el plátano o banana es el biznieto del zepelín, o, en otro sector de la ciencia, que la bestia antediluviana estérilmente sanguinaria y de digestión mensual se llamó climaterio.

Aludí a la fantástica —quizá irónica, quizá servil— cortesía con que Borges convalida —o remeda— a Milleret: «Cuando llegué a España, después de la Primera Guerra Mundial, me sorprendí muchísimo al encontrarme en presencia de hombres de letras que ignoraban el francés, porque para mí era como si no hubiesen aprendido a leer y a escribir» —indica el maestro, usando un símil tan difunto que con él parece querer agradar (¿o irónicamente agredir?) a la bárbara teoría de la defunción de la metáfora. Más adelante, el más grande artista actual del idioma castellano añade: «... el español sigue siendo, para las letras, como una lengua un tanto provincial, ¿no?». Pero cuando ya empezamos a sospechar que tal vez Borges se burla de su interlocutor, y de su lector, y quién sabe si hasta remotamente de sí mismo, es cuando informa de que «Victoria [Ocampo] posee una gran cultura francesa; piensa y escribe todo en francés. No siente en español; por ejemplo, no puede juzgar la poesía en lengua española, y muchas veces me preguntó si un poema era malo o bueno. Incluso me confesó una vez que le estaba muy agradecida a Ortega y Gasset por haberle demostrado que la lengua española era capaz de lite-

(3) En «Sobre las inconveniencias de no saber callar en el momento oportuno». *Bel*, núm. 13, p. 4. Barcelona, junio 1972.

ratura, algo que ella nunca hubiese sospechado». Sabíamos que debíamos a Ortega el habernos propuesto «la ilusión de vivir sin ilusiones», la posesiva y memorable fórmula «yo soy yo y mi circunstancia», una comedida reflexión sobre la caza de animales, el esfuerzo permanente por ilustrar a los españoles y a algunos alemanes, un poema de don Antonio Machado, la *Revista de Occidente*, parte del iracundo desasosiego de numerosos y desmedidos universitarios, una jubilosa parodia compuesta por el malogrado Luis Martín Santos, algunos lúcidos elogios del mexicano Octavio Paz, una larga calle de Madrid y, en fin, parte muy considerable de nuestra cultura general. Pero desconocíamos ese otro servicio que nos hizo Ortega al demostrar a doña Victoria que la lengua española también, aunque humildemente, es capaz de literatura, algo que para doña Victoria, al fin y al cabo un espíritu abierto, debió de ser una maravillosa sorpresa.

Porque no somos reticentes, hemos disculpado en doña Victoria su resistencia a suponer al castellano alguna capacidad de expresión literaria; se lo hemos disculpado también porque —gracias a Ortega— ya le concedió a nuestro idioma esa inverosímil propiedad; y, en fin, se lo hemos disculpado porque fuimos educados con la necesaria ceremonia; vale decir: doña Victoria es una dama. En cuanto a ese desdén lingüístico de Borges, también se aplasta abruptamente contra nuestra disculpa: porque sospechamos fingido y juguetón a ese desdén y porque, en última instancia, paradójicamente proviene de uno de los artistas que más han hecho en la historia del habla castellana por que este idioma alcanzase a ser esa fiesta para la inteligencia que en ocasiones puede ser: al menos, en la pluma de Borges. ¿Pero por qué razón habríamos de disculpar a Milleret, quien no es ni una dama ni un genio? Pues nuestro reportero, acaso suponiendo que las bromas de Borges son excusas universales, aprovecha su turno y, lleno de patético arrojio, desafortunadamente opina; y de tal forma, que ello nos lleva a recordar dos líneas que en su «Arte de injuriar» celebra Borges: «Su esposa, caballero, con el pretexto de que trabaja en un lupanar, vende géneros de contrabando.» Con similar astucia, Milleret, con el pretexto de que carece de talento, exagera la negligencia de su información: «Hay que señalar que en la historia [de la cultura] española, tal vez el momento de mayor esplendor y riqueza corresponde a aquel en que sólo existían pensadores y artistas árabes y judíos.» Como el sueño de la razón produce monstruos, hay que confiar en que cuando nuestro juicioso estadístico se acueste a dormir sueñe horriblemente con don Jorge Manrique, con Fernando de Rojas, con Garcilaso, Góngora, Cervantes, con el múltiple autor del *Cancionero*, con Teresa de Avila y con Juan de la Cruz, con Larra, Béc-

quer, Juan Ramón, Machado, con Lorca, con Velázquez, con el Greco, con Goya... y le haga despertar sudoroso la espantosa sonrisa de Quevedo —el cual, no podemos negarlo, era cojo y miope—. Claro que «es cierto que un escritor no tiene gran cosa que aprender de España, excepto bellas imágenes turísticas» —aclara el desengañado Milleret, quién sabe si con un capote torero en una mano, una guitarra de Santos Hernández en la otra, y dándole puntapiés a una pandereta. Capotes, guitarras, panderetas... y faldas de volantes, camisas de almares, largas patillas a la manera de los Siete Niños de Ecija, rejas morunas, ojos de azabache y la bárbara festividad de San Fermín. «Creo —resume nuestro dubitativo viajero, sospecho que sin habernos perdonado todavía nuestra resistencia en 1808 a las tropas de Napoleón— que su debilidad colectiva [la de los españoles] proviene, sobre todo, de la ignorancia general que los mantiene al nivel de la Inquisición.» En su libro *Textos para nada*, Samuel Beckett exclama: «¡Rápido, antes de llorar!» Tan rápido como impertérito, señala Milleret en otra página: «Darío era autodidacta, y debido a su extracción modesta le faltaba lo *pulido*, la fineza que se recibe a través de una educación proporcionada desde la infancia, me parece.» La fiereza de esa vacilación nos lleva a dudar de si no estaremos, en resumidas cuentas, delante de un ente grandioso. Hay que sospechar que monsieur elabora meticulosamente su ignorancia: no puede ser improvisada. Ante un joven literato muy enojado con el jabón, se interrogaba Benavente: «¿Dónde encontrará este hombre tantas camisas sucias para cambiarse?» ¿Y dónde encontrará Jean de Milleret tantas opiniones absurdas para ir las reponiendo? ¡Es imposible que todas se le ocurran a él!: «... conozco perfectamente un motor y (...) si siento placer cerebral al descubrir o resolver un desperfecto, me desagrade absolutamente ensuciarme las manos con aceite o con grasa. Las manos están hechas para acariciar la belleza del mundo y no para estar al servicio de máquinas sucias», asevera, acaso indicando entre líneas que sólo se refiere a sus manos, o quizá a todas las manos, en cuyo caso Milleret nos informa —entre líneas— de que siempre viaja a pie o montado sobre una mula o algún otro animal amigo del hombre. En cuanto a acariciar la belleza del mundo (es decir, pasar las manos delicadamente sobre los bosques, los océanos, las ciudades, las cordilleras y la astronomía), nos parece muy ambicioso, tal vez exagerado. Aun cuando sean mimados, además de las manos, los pies: «... asistí al fin de la segunda tiranía [la metáfora se basa en el Gobierno de Perón]; no era nada hermoso. El populacho en la calle, incendiando las bibliotecas mientras gritaba: '¡Alpargatas sí, libros no!'; la policía plebeya por todas partes» —se lamenta, quién sabe si soñando con

un régimen cuya policía, aristocrática, jamás haya condescendido a almorzar con menos de cuatro tenedores, y cuyo olfato pueda abarcar a «*Les Temps Modernes*, cuyo pabellón seductor esconde un contrabando malintencionado». Sospechamos que aquí señala, parabólicamente, al marxismo, al trotskismo, al maoísmo, al castrismo, al existencialismo o a alguna de esas horrendas ideologías que, desdichadamente, omitió compartir Roger Caillois: «... por cierto, él [Caillois] no se mezcló con la vida popular, cuyo conocimiento es necesario para la comprensión de la masa» —concede Milleret, suavemente entomólogo; e imaginamos que se refiere a *la canalla*, ya que poco después, cronológico y zalamero, exulta a Borges: «... usted ya tenía tres siglos de argentinidad —tantos como el país— cuando algunos muertos-de-hambre vascos, bearneses o italianos vinieron a establecerse aquí». Todo se ordena, todo pertenece a una oculta armonía: quizá si no se hubieran establecido en la Argentina tantos muertos-de-hambre no hubieran sino necesarios los *caudillos*, y si no hubiesen brotado caudillos argentinos, nuestro redactor no habría tenido que escribir sobre ellos estas precisiones: «... especie de tirano más o menos sanguinario cuando es jefe de grupo, de una provincia o de un Estado, pero que se encuentra en un plano inferior en los comités políticos y deportivos, en las administraciones a cualquier nivel y hasta en las taquillas de las estaciones»; lo que no acertamos a imaginar es qué demonios tendrían que hacer en las taquillas de las estaciones gentes tan sanguinarias e inferiores como Artigas, Juan Facundo Quiroga, el Chacho Peñaloza, Felipe Varela y otros precarios deportistas; y por qué demonios tenían que pelear —y morir— por gentes (los argentinos en general) de una «sentimentalidad estúpida», aunque alguno de ellos, más concretamente Julio Cortázar, sea un «Escritor que dejará nombre y obra», profetiza monsieur. Borges ha dicho que, elogiándolo, se puede denigrar a cualquiera. Así, no sabemos si esas palabras lapidarias sobre Cortázar eran o no un elogio. Tampoco si lo son estas otras sobre doña Leonor Acevedo, la madre de Borges: «Lucha con constancia para preservar a su hijo de las mujeres que tratan de subyugarlo [Jorge Luis Borges nació en 1899]. Tiene una visión del mundo que se reduce a un curioso maniqueísmo político: el Bien está representado por el *Yankee*; el Mal, por el Comunismo», y añade: «pero es una mujer culta, muy clarividente acerca de las cosas...».

Entiendo que comparar la clarividencia de doña Leonor Acevedo con la clarividencia de la CIA revela mala educación.

Juro por mi honor que en el ejemplar de este volumen de Milleret que estoy manejando han quedado todavía suficientes acotaciones como para corroborar cuán afrentosa resulta la incapacidad de ser

inteligente cuando se acomete la redacción de un libro, hasta qué punto es tortuosa la mediocridad y cómo la presunción nunca se exige fundamento. Pero ya no voy a citarle de nuevo; puedo llegar a ser malvado, pero no delator. Sólo voy a agregar que consideraré a Borges un tremendo titán si consigue que sobrevivan su fama y su orgullo tras la calamidad de este libro, tan lleno de horrendos elogios, agresiones precipitadamente ilusorias, geniales falsedades e infelices alternerías, y compuesto con un método sumamente concéntrico, es decir, con una enigmática vanidad que, más que enojarnos, nos deja estupefactos. Pero podemos liberarnos de esa extrañeza si retorremos un verso de Machado: «... envuelta en sus harapos desprecia cuanto ignora», dijo nuestro maestro; Milleret, arrebuñado, y quizá acuartelado, en un arrendado esplendor (pues, desde luego, la cultura francesa no tiene nada de harapienta), posiblemente ignora todo cuanto desprecia: todo. Sugiere Borges que un rostro es todos los rostros, que un poema es la poesía, que en un recuerdo late la memoria total del mundo, que una mano ha empuñado todos los cuchillos y que la piel de un tigre es el mapa del universo. Sugiere también que las mediciones del tiempo son una afrenta contra la realidad —que es también contra el sueño y contra el origen y contra el porvenir— y que es ilimitado el rigor de la paradoja. Por todo ello, Borges, que también ha sido Darío y caudillo y cantaor andaluz y máquina engrasada y protagonista de una página de Quevedo y línea en un lienzo de Goya y emigrante vasco y argentino sentimental, en mil novecientos cincuenta y cuatro (catorce años antes de la redacción de este volumen de Milleret), escribía en el prólogo a su *Historia universal de la infamia*: «Los doctores del Gran Vehículo enseñan que lo esencial del universo es la vacuidad. Tienen plena razón en lo referente a esa mínima parte del universo que es este libro.» A lo cual y con el pretexto de la redacción de un ensayo sobre el alemán Hermann Hesse, responde Ernst Robert Curtius, siete años más atrás (1947): «Lo que nos da es algo que está por encima de toda literatura: el saludo que intercambian los supervivientes de una catástrofe»: Borges y su lector agitando débilmente la mano.—*FELIX GRANDE (Alenza, 8. MADRID)*.